

nunca más bajo que el calado de los barcos cuyo paso se intenta estorbar, y ya por el choque de éstos sobre aquél, ó por medio de alambres eléctricos, se produce la explosión, fortuita en el primer caso y voluntaria en el segundo, desde una estación situada en tierra.

El torpedo automóvil es un verdadero proyectil que se lanza de buque á buque por medio de un tubo especial cargado con aire comprimido; pero como su fuerza inicial es relativamente escasa, va provisto de una máquina propulsora que funciona automáticamente, también por medio del aire comprimido, y que la hace recorrer la distancia que separa á los buques combatientes con extraordinaria rapidez y suficiente impulso para que, al chocar su espoleta con el casco del buque enemigo, se inflame la carga y se produzca la explosión.

El torpedo más generalmente empleado es el del sistema *Whitehead*; su figura es la de un cigarro puro cuyas extremidades fuesen muy agudas, y la proporción de su grueso con su longitud es la de una undécima parte, puesto que mide generalmente cinco metros de eslora por 0,45 de manga y puntal.

El coste de estos torpedos, á causa de lo delicado de sus máquinas, es verdaderamente excesivo, pues oscila entre 6 y 8.000 pesetas.

El torpedo de que nos ocupamos lleva en la parte extrema de la proa un percutor compuesto de cinco púas, que es la cabeza de la espoleta, y en la de popa dos planos verticales y dos horizontales, los cuales, según la posición que automáticamente toman, hacen inclinar la dirección de la proa del torpedo hacia arriba ó hacia abajo, fijando así la línea de su marcha.

Una máquina movida por el aire comprimido, almacenado en una cámara especial, imprime á las hélices su movimiento de rotación; otro mecanismo, también automático, regido por un aparato de relojería, abriendo una válvula en un momento dado, sirve para que se llene rápidamente de agua una cámara especial destinada á este objeto para que el torpedo, con el peso de aquélla, se vaya á fondo y no pueda ser recogido por el enemigo, en caso de que no chocase con los barcos á que fuese dirigido.

Por último, en la parte de proa va la carga, compuesta de algodón pólvora, fuertemente comprimido y húmedo, cuyos bloques están atravesados por una espoleta de algodón pólvora seco y provista de fulminante, que estalla al choque de éste contra cualquier cuerpo duro.

En realidad, la eficacia de los torpedos automóviles es muy discutible, pues por mucha que sea la competencia de los oficiales que dirijan la operación del lanzamiento, son infinitos los proyectiles que se pierden sin realizar el objetivo destructor.

En las páginas 313 y 314 ofrecemos á nuestros lectores la vista de algunos grabados relacionados con los torpedos.

RESEÑA HISTORICA DE LA GUARDIA CIVIL

POR EL CORONEL DEL CUERPO

D. EUGENIO DE LA IGLESIA

(Continuación.)

La muerte de Góngora, muy querido de sus jefes y subordinados, dió nuevo aliento á los guardias, deseosos de vengarla, pero esto no llegó á suceder; acosados los Hierros y sin esperanza ya de salvación, gestionaron su indulto, que les fue concedido.

De gran importancia fueron también los servicios prestados en 1855 en Aragón (6.º tercio) contra las partidas carlistas levantadas en aquel distrito. Componían una de éstas dos escuadrones sublevados del regimiento de caballería de Bailén y el de cazadores de Aragón, y contra ella marchó el capitán general con una fuerte columna de la milicia nacional de Zaragoza y doce Guardias civiles al mando del teniente Moreno.

Poco es lo que podía esperarse de la fuerza de la milicia. Falta de disciplina, hubiera sido derrotada y tal vez hecho prisionero el mismo general, á no haber sido por aquel puñado de valerosos guardias que recibieron serenos la primera carga de los escuadrones sublevados, y dispersados fácilmente los nacionales, se parapetaron en un co-

rral de la Almunia, donde el hecho tuvo lugar, sosteniendo un nutrido fuego con los rebeldes hasta ponerlos en fuga. Allí perdió su caballo el teniente Moreno; y la Guardia civil, mirada con desconfianza y prevención en Zaragoza, desde el triunfo de la revolución, como en todas las grandes capitales sucedía, fué recibida á su regreso con frenéticos vítores y aclamaciones.

Puede decirse que á la fuerza del Cuerpo debió entonces Aragón el restablecimiento del orden. Las pequeñas columnas que de ella se formaron, la rapidez y el acierto en sus operaciones por el especial conocimiento del terreno y decidido arrojamiento de los individuos que las formaban, contribuyeron poderosamente, en efecto, á que en brevísimo tiempo aquellas provincias quedaran completamente tranquilas.

En Extremadura mientras tanto el comandante de la provincia de Badajoz, D. Juan Carnicero, posteriormente general distinguido, prestó eminentes servicios devolviendo la tranquilidad al país, bastante agitado después del movimiento insurreccional del 54, logrando con su especial tacto y prudencia hacer compatible la misión moralizadora y de orden de la Guardia civil con la existencia de la milicia nacional.

Ya no se sostenía el bandolerismo con carácter permanente como en pasados tiempos; pero no dejaban de vez en cuando de levantarse partidas, que la Guardia civil había de encargarse de destruir. El sargento Juan Alcaide, de la provincia de Ciudad Real (primer tercio) dió alcance en 1856 á una de éstas que se había apoderado del rico propietario y diputado D. José Enríquez, al que exigía una gruesa suma por su rescate. El sargento, con los guardias á sus órdenes, atacó á los bandoleros, y dando muerte al jefe, apodado *Alma negra*, rescató al secuestrado y deshizo la partida, que ya no volvió á reunirse.

III

Crefanse los guardias poco menos que invencibles. Así se comprende que una sola pareja atacase y dispersase en el año anteriormente citado á una partida de más de treinta contrabandistas. Ocurrió el hecho en la provincia de Málaga. Los



El presidio de la Habana,

